

lograr condiciones todavía más favorables. A este fin fué enviado a Roma el cardenal Tournón, que residía en Venecia (1). Llegó allí el 5 de febrero, y pronto comenzaron las negociaciones (2). Tournón, que era un «político conocedor del mundo y hábil cortesano», las llevó muy diestramente; en particular representó al Papa, que la Santa Sede no podía contar con el emperador a causa de lo delicado de su salud y de las complicaciones que había en Alemania; al mismo tiempo hacía observar el cardenal, cuán peligroso aspecto tomaban las cosas del concilio, pues Carlos V sólo pensaba en acrecentar su propia autoridad a costa de la pontificia (3). A pesar de que el emperador cometió entre tanto la imprudencia de dejar al Papa aliado en duda sobre sus intenciones (4), con todo, los franceses no alcanzaron su fin sino con grandísimo trabajo; después de dos meses enteros, aun no habían conseguido nada. Mientras tanto, se mostraba cada vez más la imposibilidad de llevar adelante la guerra. A la extrema falta de dinero (5) se asociaba el temor de que se separase de la Iglesia Enrique II, aliado con los príncipes protestantes de Alemania. En Roma mismo reinaban la agitación y consternación, la ciudad estaba sin defensa y tampoco asegurado el restante territorio de la Iglesia (6).

(1) Las instrucciones para Tournón de 23 de diciembre de 1551 se hallan en Ribier, II, 360 s. Según Pallavicini, 13, 2, se podría suponer, que al card. Tournón le hubiese sido denegado el pedido salvoconducto; con todo, el **Salvusconductus* para él, fechado a 24 de diciembre de 1551, se halla en Min. brev. Arm., 41, t. LXII, n. 1046. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Sobre el viaje y negociaciones de Tournón v. Legaz. di Serristori 296 s.; Druffel, II, 122 s., 176 s., 214, 265, 423; Masio, Cartas, 97, 100 s.; Chiesi, 228 s.; Relaciones de nunciaturas, XII, LVII s., 175 s., 198, 217 ss., 230 s., 241, 292 ss.; cf. Maurenbrecher, 281 s.; de Leva, V, 312 s., 359 s.

(3) V. Desjardins, III, 297 s.

(4) V. Relaciones de nunciaturas, XII, LVIII.

(5) La penuria del erario la había ya procurado remediar Julio III el 20 de octubre de 1550 con la institución del Monte Giulio (cf. *Acta consist. en el *Archivo consistorial*, y las *relaciones de Buonanni, de 21 y 25 de octubre de 1550, en el *Archivo público de Florencia*. Cf. también Endemann, Estudios, I, 436), pero inútilmente. G. Ricci, que fué mandado venir de España a Roma para ordenar la hacienda, halló ésta en tristísimo estado (v. Mele, *Genealogía d. famiglia Ricci, 203. *Archivo Ricci de Roma*); tampoco él pudo suministrar remedio. En una **carta a J. B. del Monte, de 2 de abril 1552 (*Inf. polit. XIX, 51. *Biblioteca real de Berlín*), pinta Julio III los apuros rentísticos, los cuales dice no haber sido mayores desde hace siglos. Ranke (I⁹, 269) cita un pasaje de esta carta, sin indicar el lugar donde la halló.

(6) Cf. la carta de Monte, de 13 de abril de 1552, en las Relaciones de nunciaturas, XII, 294 s. Que nada todavía se había concertado, lo acentúa tam-

Las condiciones, que al fin puso Tournón, fueron las siguientes: Parma queda para Octavio Farnese, conclúyese un armisticio de dos años con suspensión de todas las censuras impuestas, terminado el cual ha de dejarse al juicio del duque el hacer un convenio estable con la Santa Sede, cesando después sus obligaciones con Francia; el señorío de Castro es restituído a los cardenales Farneses para su hermano Horacio, pero sin poder tener allí los Farneses mayor número de tropas que el preciso para la guarda y custodia. Finalmente Enrique II estaba dispuesto a condescender con el Papa en el terreno eclesiástico, y permitir de nuevo que las bulas para las colaciones de prebendas en Francia se expidiesen en la dataría de Roma.

Carlos V, como se deja entender, procuró desviar al Papa del proyectado concierto. También Juan Bautista del Monte empleó en este respecto todo su influjo (1). Pero todas las representaciones fueron inútiles; la necesidad de la situación era tan grande, que el Papa finalmente tuvo que rendirse. El 15 de abril de 1552 comunicó su resolución a los cardenales en el consistorio, en el cual se trató también acerca de la suspensión del concilio (2). Todos asintieron sin reserva. El cardenal Cervini opinaba, que si el Papa había tomado las armas por causas justas, ahora las depone por motivos mucho más justos (3). En 29 de abril se pactó el armisticio con las indicadas condiciones, y se dejó libre al emperador, adherirse también a él (4). Al día siguiente, expuso el Papa a Camaiani en una extensa carta las razones que le habían movido a ajustar un concierto con el cardenal Tournón, expresando que no había podido ya diferirlo por más tiempo, pues de

bién Julio III en su *carta al cardenal Crescenzi, de 13 de abril de 1552, que se halla también en los *Inf. polit., XIX, 59 s. *Biblioteca real de Berlín*.

(1) V. Pallavicini, 13, 2; cf. Maurenbrecher, 287 s.; Relaciones de nunciaturas, XII, LVIII.

(2) V. *Acta consist. en el *Archivo consistorial*.

(3) Así lo refiere Capilupi en 16 de abril de 1552; v. Relaciones de nunciaturas, XII, LX; cf. 303.

(4) Los capitoli dell' accordo di Parma, fechados el 29 de abril de 1552, se imprimieron ya en el siglo XVI en las Lett. di princ., III, 211 s. Kupke no ha reparado en esto; imprímelas de nuevo según una copia, con la fecha equivocada «25 de abril», en las Relaciones de nunciaturas, XII, 365 s. Cf. también Coggiola, Farnesi, 7, nota 2. Por un *breve de 18 de mayo Silvestre de Giliis recibió el encargo de cuidar, que el cardenal Tournón, que regresaba a Francia, tuviese en los Estados de la Iglesia un recibimiento honorífico. Min. brev. Arm. 41, t. LXIV, n. 330. *Archivo secreto pontificio*.

lo contrario los habitantes de Roma y de los Estados de la Iglesia habrían caído en desesperación; que claramente se manifestaba la imposibilidad de conquistar a Parma y Mirándola, pues después de un asedio de diez meses aun no se había podido conseguir bloquear enteramente la fortaleza de Mirándola; y que a esto se añadía el peligro, que amenazaba, de los turcos y luteranos, y el no menos grande de que Francia se hiciese cismática y luterana (1). El emperador hizo notar a Camaiani su disgusto por haber procedido el Papa por su cuenta, prescindiendo de él, pero el estallido de la revolución en Alemania le obligó a él también a acceder, el 10 de mayo, a las condiciones de paz, cuya aceptación había aconsejado el mismo Ferrante Gonzaga. Esta noticia llegó a Roma el 15 de mayo, siendo causa de regocijo universal. Tres días más tarde fué enviado a Lombardía el abad Rosetto, para urgir la conclusión del armisticio (2). También halló ahora su fin el destierro del cardenal Alejandro Farnese: el 7 de junio volvió a Roma, donde el Papa le recibió con mucha benignidad. En 25 de junio se presentó Lanssac como embajador extraordinario de Francia, y trajo la ratificación del armisticio hecha por Enrique II (3). Poco después fué restablecida la representación diplomática de la Santa Sede en la corte francesa, y confiada a Próspero Santa Croce. El nuevo nuncio pudo ya por septiembre notificar a Roma, que Enrique II, con su proceder contra Carlos du Moulin, había renunciado a sus conatos hostiles al Papa, que se habían dejado ver en su edicto de septiembre de 1551 (4).

A pesar de todo el gozo que recibió por ello y por la terminación de la costosa (5) y peligrosa guerra, tuvo el Papa que decirse para sí mismo, que como por la suspensión del concilio había fracasado la cuestión religiosa, así también ahora la política, por cuya solución había trabajado sin descanso los dos primeros años de su pontificado. Este sentimiento abrumador

(1) V. Relaciones de nunciaturas, XII, 324 s.; cf. también la carta de J. B. del Monte, en Chiesi, 226 s.

(2) V. Relaciones de nunciaturas, XII, LXI, 327, 334 s., 349 s., 354 s.; cf. Pieper, 32 y Coggiola, Farnesi, 9 s. R. Baglione, por un *breve de 18 de mayo de 1552, recibió la orden de evacuar a Castro. Min. brev. Arm. 41, t. LXIV, n. 333. *Archivo secreto pontificio*.

(3) V. Romier en las Mém. d' arch., XXXI (1911), 11 s.

(4) Cf. Pieper, 42 s. y Romier, La crise gallicane 55.

(5) Solamente el sueldo de las tropas costó 300000 escudos; v. Balan, Mirandola, 48.

comenzó a paralizar considerablemente su energía (1). Es falsa la opinión de que el Papa ahora «no se dedicó más seriamente a asuntos políticos», y entregándose a una «vida sin cuidados y deleitable», en su magnífica quinta de delante de la Puerta del Pópulo, «se olvidó de lo restante del mundo» (2). Prescindiendo enteramente de la actividad muy importante y a la verdad sin ruido, que desplegó Julio III precisamente en la segunda mitad de su reinado, en el terreno religioso, promoviendo una reforma católica (3), intervino también en las cuestiones políticas candentes, y trabajó con energía, aunque sin éxito feliz, por el restablecimiento de la paz en la cristiandad. Su actitud neutral desagradó naturalmente tanto a los franceses como a los imperiales, porque cada uno de estos dos partidos esperaba grandes ventajas para sí de la participación del Papa en la lucha (4). De ellos por tanto procede la acusación, de que Julio III huía los negocios para vivir inactivo en descanso en su hermosa villa (5). Que el Papa tenía muy buenas razones para no engolfarse profundamente en las revueltas italianas, no puede caber duda. Lo que en ello se ganaba, lo había enseñado suficientemente la guerra de Parma. Desde las dolorosas experiencias que había tenido entonces, Julio III atendía cuidadosamente a no dejarse inducir de nuevo a tener parte en semejante lucha. Pero también motivos

(1) V. Pieper 40 s.

(2) Así opina Ranke, Papas P, 180 s.; de la misma manera después Beaufort (Hist. des papes, IV, 191) y todos los historiadores posteriores, especialmente Brosch (I, 145), y últimamente también Lanciani (III, 133). Mayor todavía es la equivocación de de Leva (V, 114), cuando dice de Julio III, que fué alieno dai negozi di stato ya desde el principio. Mucho más justamente juzgó ya en 1870 Reumont (III, 2, 511) acerca de Julio III. Sobre la exposición de Muratori, en modo alguno excusable, v. G. Catalani, Prefaz. a los Annali de Muratori, X (1764), xxxv.

(3) Cf. más abajo el capítulo IV.

(4) Al Papa neutral se le hicieron fuertes reconvenciones por ambas partes; así en una congregación de cardenales de 4 de septiembre de 1553, por los cardenales imperiales Álvarez de Toledo y Carpi, los cuales querían determinar al Papa a que se declarase contra Francia, indicando a este fin las alianzas de Enrique II con los turcos (v. la *relación de Serristori de 5 de septiembre de 1553. *Archivo público de Florencia*). Por mayo del año siguiente se quejaron el card. du Bellay y el embajador francés Lanssac; v. Nonciat. de France, I, 51, nota 1.

(5) V. las relaciones florentinas, citadas en las Nonciat. de France, I, XLIII, nota 2, cuyo eco se halla después en Adriani (VIII, 1), que escribía por encargo de Cosme I (v. Mondaini, Adriani, Firenze, 1905, 41 s.), como también en Segni (XIII, 829), y en Panvinio ligado por amistad con los Farneses.

de orden superior pesaban en la balanza. Como Padre de la cristiandad, tenía el Papa que mantenerse, cuanto fuese posible, fuera de los partidos, porque sólo así podía presentarse eficazmente como medianero de paz (1). En cuánto grado procedía de él personalmente la actividad que respecto a eso desplegaba, lo muestra claramente la circunstancia de que también ahora preparaba por sí mismo, y muchas veces dictaba directamente a sus secretarios, la mayor parte de las instrucciones para sus enviados y legados (2). Y con todo eso, Julio III era afligido en creciente medida de su antigua dolencia, la gota (3).

El peligroso estado de salud del Papa, que por noviembre de 1553 hizo parecer que se acercaba a grandes pasos la eventualidad de un conclave (4), así como la situación política cada vez

(1) V. Ancel en las *Nonciat. de France*, I, XLIII. En las instrucciones para Jerón. Muzzarelli de 21 de enero de 1554, se expresa Julio III muy abiertamente sobre cómo él se dejó inducir a la guerra contra Parma; v. Pieper 174.

(2) Cf. la carta de Monte de 7 de julio de 1552, en Pieper, 41, nota 3.

(3) Cuán frecuentemente era el Papa atormentado de su dolorosa enfermedad de la gota, a la que se juntaban a veces también catarro y alteraciones ocasionadas por falta de régimen en la comida, lo atestiguan las relaciones de los embajadores. Cf. especialmente las * cartas de A. Serristori de 7, 14 y 20 de junio, 10, 11 y 24 de octubre de 1552; 4 de enero, 29 de marzo, 9 de junio, 6 y 9 de julio de 1553; las * cartas del arzobispo de Trani, Bart. Serristori de 19, 22, 23, 24 de octubre y 2 de noviembre de 1553; la * carta de B. Justo, de 16 de noviembre de 1553; las * cartas de A. Serristori, de 7, 17, 18, 19 de febrero, 3, 8, 14, 15 y 27 de marzo de 1554; las * cartas de B. Justo, de 24 y 26 de febrero de 1554; las * cartas de A. Serristori, de 10 de junio y 21 de julio de 1554; y la carta * de B. Justo, de 15 de septiembre de 1554, todas las cuales se hallan en el *Archivio público de Florencia*. Sobre los médicos de Julio III, además de Marini, I, 393 ss., cf. también Häser, II, 26; Caro, *Historia de la Zoología*, 359; Grätz, IX, 345, 350 s.; Rieger, II, 144 s.; Masio, *Cartas*, 67; *Atti per le prov. di Romagna*, Serie 3, I, 422. En los *Min. brev. Arm.* 41, t. LVI, n. 456 hay el * nombramiento de Aug. Ricchi de Luca para médico de cámara con sueldo anual de 200 escudos, con fecha de 21 de mayo de 1550; en el n. 513, el * nombramiento de Theoder. de Sacerdotibus (Hebreus) para médico de cámara, con fecha de 7 de junio de 1550; en el t. LIX, n. 39, el * llamamiento a Roma de Jo. de Aguilera, thesaur. Salamant., mag. in medic., con fecha de 26 de enero de 1551. *Archivio secreto Pontificio*. *Ibid.*, Arm. 44, t. IV, n. 25, hay el llamamiento a Roma de Franc. Fregimelia, doct. medic., con fecha de 5 de enero de 1555. En los * *Intr. et Exit.* de 1554-1555, se hallan pagas para tres médicos de Julio III: A. Ricchi, Juan Baut. Cannani y Damian Valentinini (Cod. Vat. 10605 de la *Bibl. Vatic.*). El médico ravenés Tomás Rangoni dedicó a Julio III en 1550, su obra *De vita hominis ultra CXX annos protrahenda*; v. Ildebrando della Giovanna, *Come l'uomo può vivere più di CXX anni*, Piacenza, 1897 (publicación de bodas).

(4) V. *Nonciat. de France*, I, 68.

más complicada y desconsoladora, llevaban ciertamente consigo, que el impulso vivamente incitante de los primeros años de su reinado se fuese perdiendo más y más, y que el Papa al fin se entorpeciese hasta en sus esfuerzos por la paz. Sin embargo, desplegóse inmediatamente desde Roma una ardiente actividad en el sentido de una mediación entre el emperador y Francia, aunque las perspectivas eran muy desfavorables.

Poco después de pactado el armisticio, se dirigió Julio III a Enrique II por una carta autógrafa de 6 de mayo de 1552, exhortándole a la paz con Carlos V (1). Con todo el rey francés no pensaba, ni de muy lejos, prestar oídos a esta amonestación, antes bien, precisamente entonces esperaba dar un nuevo y decisivo golpe contra el emperador con sus conspiraciones con los turcos (2). A pesar de esto, el Papa envió nuncios para preparar un armisticio entre los dos rivales que se combatían con exasperación. A Enrique II fué como nuncio ordinario Próspero Santa Croce, y a Carlos V Aquiles de Grassi. Sin embargo, las representaciones de ambos encontraron oídos sordos (3). Más fuertemente que nunca bramaba la furia de la guerra. A mediados de julio apareció ante Nápoles una flota turca, dirigida por el capitán de corsarios Dragut y el embajador francés Aramont, la que afortunadamente no mucho pudo conseguir, pues la escuadra francesa apareció demasiado tarde (4).

Mucho más brillante éxito obtuvo Enrique II en otra empresa. El 27 de julio de 1552 se sublevaron los de Sena al grito de «¡Francia, victoria, libertad!» y obligaron a salirse a la guarnición española (5). La nueva República se puso al punto bajo la protección francesa. Nada pudo ser tan favorable a Enrique II como este cambio, porque no solamente amenazaba a la posición del emperador en Italia, sino también parecía apropiado para hostigar e intimidar así al Papa como a Cosme de Médici (6).

(1) V. el texto en los * *Inf. polit.*, XIX, 79 de la *Bibl. real de Berlín*.

(2) Cf. Charrière, II, 201 s.; Zinkeisen, II, 876.

(3) Sobre ambas misiones v. Pieper, 41 s., 156 s. Próspero Santa Croce era íntimo amigo del card. A. Farnese, y por tanto su elección era muy significativa; v. Romier en las *Mél d' arch.*, XXXI, 13.

(4) Cf. Charrière, II, 209 ss.; Julio III por un * breve de 25 de agosto de 1552, apoyó los armamentos de Carlos V contra los turcos. *Min. brev. Arm.* 41, t. LXV, n. 565. *Archivio secreto pontificio*.

(5) V. Reumont, *Toscana*, I, 181 s.

(6) V. Reumont, III, 2, 508.

La repercusión de las alteraciones originadas en Toscana se hizo al instante notar sensiblemente en Roma. A mediados de agosto de 1552 se esparcieron por la Ciudad eterna las más extravagantes hablillas, sobre un saco meditado por los españoles, las cuales, como se sospechaba, habían sido difundidas sólo con el fin de poner al Papa en una posición siniestra respecto del emperador (1). Como las revueltas de Sena amenazaban seriamente la tranquilidad de los Estados de la Iglesia, el Papa, cuyas cajas estaban enteramente exhaustas por la guerra de Parma, se halló en muy crítica situación. Resuelto a permanecer neutral en la inminente lucha, tuvo cuidado de impedir, que la guerra con todos sus horrores se extendiese también por los Estados de la Iglesia; por lo cual ordenó el alistamiento de cuatro mil hombres (2). Aumentáronse la angustia y turbación en Roma, cuando a fines de mes llegaron las peores noticias sobre los avances de los turcos en Hungría (3).

El 13 de agosto de 1552, Julio III había enviado al cardenal Mignanelli a Sena, para cooperar allí a la reorganización de la constitución, en el sentido de que se guardase y asegurase la quietud e independencia de la República, y se echase un candado a toda peligrosa inmixción de naciones extranjeras. Como natural de Sena, pareció Mignanelli apropiado como ningún otro para esta difícil incumbencia. Pero a pesar de la mejor voluntad nada hizo el cardenal (4); en 28 de septiembre tuvo que disponer Julio III que volviese a Roma (5). Qué curso tomarían las cosas en adelante, era claro prever, cuando en 1.º de noviembre de 1552 llegó a Sena como gobernador por Enrique II, el cardenal Este, adicto enteramente a los intereses de Francia (6). Una alianza defensiva

(1) Cf. la *relación de Serristori, de 15 de agosto de 1552 (*Archivo público de Florencia*). Como autor de este rumor designa también Hipólito Capilupi a Camilo Orsini, en su *relación al card. Hérc. Gonzaga, de 18 de agosto de 1552. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. la *relación de Serristori de 21 de agosto de 1552. *Archivo público de Florencia*.

(3) V. la *relación de Serristori, de 28 de agosto de 1552 (*Archivo público de Florencia*). Sobre estos sucesos cf. Huber, IV, 173 s.

(4) V. Legaz. di Serristori, 311; Adriani, IX, 3; Reumont, Toscana, I, 187.

(5) * Min. brev. Arm. 41, t. LXV, n. 636. *Archivo secreto pontificio*.

(6) Según una *relación cifrada de Hipólito Capilupi al card. Hérc. Gonzaga, de 19 de octubre de 1552, dijo Dandino, que también el cardenal Farnese solicitó el cargo, que obtuvo Este. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

y ofensiva y la traslación de más tropas francesas a Sena mostraban, cuán resueltos estaban los franceses a establecerse allí fijamente (1). Para echarlos se armó de todo su poder Pedro de Toledo, virrey de Nápoles. De este modo, después de haberse apenas extinguido el incendio de Parma, amenazaba estallar uno nuevo en la Italia central.

Julio III a fines de septiembre de 1552 había encargado a una comisión compuesta de cuatro cardenales, preparar disposiciones para ajustar la paz entre Carlos V y Enrique II. Aun esperaba, que por lo menos lograría impedir la nueva turbación de la quietud en Italia, y sobre eso consultó repetidas veces con los cardenales de Cupis, Pacheco, Verallo, Púteo, Cicada y Mignanelli (2). Como sabía bien que el virrey de Nápoles apremiaba al emperador a una empresa contra Sena, a fines de noviembre envió a Bernardo de Médici a verse con Pedro de Toledo, y aconsejarle que difriese todavía la salida de las tropas. Pero éste persistió en su propósito (3).

En Roma, donde aun vivía el recuerdo del terrible saco de 1527, despertáronse de nuevo por diciembre serios temores de intentos hostiles de los españoles contra la ciudad. El Papa, de acuerdo con los cardenales, hizo tomar precauciones, contra las cuales reclamaron el partido español de Roma y también el virrey. Con todo púdose estar contento en esta parte, porque Julio III hizo a mal juego buen semblante, y a pesar de su «neutralidad» permitió a las tropas de los españoles que pasasen por los Estados pontificios. Las disposiciones que tomó sólo tenían por fin precaver violencias y turbaciones en su propio territorio (4).

(1) Sozzini, 92 s.

(2) V. las *relaciones de Serristori, de 16 y 28 de septiembre y 3 de octubre de 1552 (*Archivo público de Florencia*); Raynald, 1552, n. 44; Druffel, II, 766 s., 778, 790 s. La buena voluntad del Papa de intervenir como medianero de paz, la hace notar el cardenal Pacheco en una *carta al cardenal Madruzzo, fechada en Roma a 20 de septiembre de 1552. *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

(3) Sobre esta misión v. Pieper, 45.

(4) Además de la carta de Lasso publicada por Druffel, II, 831, 840, cf. el *Diario di Cola Coleine (*Biblioteca Chigi*, loc. cit.); Caro, Lett. pubbl. da Mazzuchelli, II, 98; las *relaciones de Serristori de 17, 18 y 19 de diciembre de 1552; en la de 19 se lee: *Tornò S. Bne. a alterarsi grandemente sopra l' haverle questa mattina in consistorio replicato il card. S. Iacomo et Burgos che la faceva male a armare dolendosi del modo che si era proceduto seco (*Archivo público de Florencia*). El *breve para el episc. Nepes. [P. A. de